



**EMBARGO HASTA EL MOMENTO EN EL CUAL EL TEXTO ES PRONUNCIADO**

**Homilía de  
Cardenal Fridolin AMBONGO**

**Basílica de San Pedro, 13 de octubre de 2023**

---

Homilía

*"Con todo mi corazón, Señor, te alabaré y cantaré todas tus maravillas" (Salmo 9).*

El salmo responsorial de hoy nos invita a dar gracias a Dios; y tenemos muchas razones para dar gracias a Dios. Uno de los motivos es, sin duda, la gracia de este camino sinodal, que estamos recorriendo como una sola Iglesia, guiados por el Espíritu Santo. Este sínodo sobre la sinodalidad es el nuevo Pentecostés, que sin duda renovará la Iglesia en la comunión de sus miembros y en la participación activa de todos en la vida y misión de la Iglesia.

Sí, hermanos míos, la Iglesia necesitaba este tiempo de gracia y de discernimiento, un tiempo para mirar hacia atrás, hacia el camino recorrido, con sus glorias y sus fracasos, y sacar lecciones para un nuevo comienzo.

En la primera lectura de hoy, el profeta Joel invita a los sacerdotes, ministros del altar, a llorar y lamentarse porque las ofrendas y libaciones han desaparecido de la casa de Dios. Aconseja a los sacerdotes que reúnan a los ancianos para estudiar y buscar nuevas formas de presentarse ante Dios.

Esta profecía de Joel corresponde en cierto modo a la experiencia sinodal que estamos viviendo estos días aquí en Roma. Procedentes de todos los continentes, y reunidos como una sola familia, en esta belleza de la unidad en la diversidad cultural, también estamos invitados a llorar y a lamentarnos ante este altar, ante la tumba de San Pedro, por nuestras debilidades como Iglesia. En efecto, como nos recuerda nuestro Instrumentum laboris: "El rostro de la Iglesia muestra hoy los signos de graves crisis de confianza y credibilidad. En muchos contextos, las crisis ligadas a los abusos sexuales, a los abusos de poder, a los abusos de conciencia y a los abusos económicos" ( IL,23), contra-testimonios que incluso han corrido el riesgo de alejar a la gente de la Iglesia.

Sí, hermanos y hermanas, estamos aquí para llorar y pedir perdón a Dios por nuestras faltas. Pero la mejor manera de llorar es tener el valor de emprender el camino del arrepentimiento y de la conversión, que abre la vía a la reconciliación, a la curación y a la justicia (IL, 23).

El Evangelio de hoy trata de la lucha de Jesús contra el diablo. Nos recuerda que el diablo está siempre presente y activo en nuestro mundo. Su fuerza reside precisamente en la estrategia de hacerse invisible y aparecer bajo las formas más seductoras y tranquilizadoras. Conociendo bien a su presa, el demonio lanza sus ataques desde las realidades más sensibles. Como dijo el Papa Benedicto XVI, *"el Maligno busca siempre arruinar la obra de Dios sembrando la división en el corazón humano, entre el cuerpo y el alma, entre el individuo y Dios, en las relaciones interpersonales, sociales e internacionales"*. El maligno siembra la discordia.

Queridos hermanos y hermanas, si tenemos el valor de mirar nuestra realidad actual como Iglesia, no será difícil ver hasta qué punto el Maligno actúa e influye en nuestro modo de ser y de actuar. El Maligno quiere vernos divididos; incluso podría utilizar a algunos de nosotros para sus propios fines.

Por eso debemos luchar con valentía contra el Maligno, utilizando en particular las armas de la sinodalidad, que requieren unidad, caminar juntos, discernir en la oración, escucharse unos a otros y escuchar lo que el Espíritu tiene que decir a la Iglesia.

Estamos llamados a combatir a este poderoso adversario con un arma igualmente poderosa a nuestra disposición, que es el Espíritu Santo, protagonista de esta nueva forma de ser Iglesia: la Iglesia sinodal.

Que la Eucaristía que ofrecemos aquí, en la tumba de Pedro, nos abra a la escucha del Espíritu Santo. Que haga pasar a la Iglesia sinodal del sueño a la realidad, de las palabras a la vida concreta, donde seamos capaces de caminar juntos en comunión, participación y misión.

¡Amén!